

SOBRE ASTROLOGÍA

La mentalidad general asocia la astrología a ese tipo de temas etiquetados bajo el nombre de 'oculto'. Junto con otras materias de su clase, la astrología ha sido durante mucho tiempo desacreditada por la moderna "ilustración", no se sabe bien en base a qué argumentos o con qué justificación racional. Tiene su faceta psíquica y mística, pero no es ésa su presentación ordinaria: pretende ser una ciencia como otra, con procesos fijos y un exacto y definido sistema de reglas que le permita ser perfectamente capaz de verificación o de rechazo por la vía experimental e inductiva como cualquier otra ciencia. Su base es astronómica y matemática, sus datos perfectamente exotéricos y positivos y de ninguna forma secretos u ocultos, no es reacia a la prueba ni se oculta en el secreto y el misterio. Es cierto que no responde en general al porqué, sino solamente al cómo de las causas y efectos que trata de establecer, pero esto ocurre también con otras ciencias, que no muestran la razón de las cosas, sino sólo sus procesos. Sin embargo, la astrología, en algún momento del desarrollo de la mente humana, parece haber sido desacreditada -junto con cosas tales como la brujería y la demonología, por no hablar de la existencia de espíritus y de la inmortalidad del alma- y existe la idea de que ha sido desaprobada y por ello descartada como superstición que ningún hombre razonable puede siquiera observar, si no es con orgulloso desdén, y mucho menos rebajarse a investigar su verdad o falsedad con una mente abierta. Sin embargo, el anatema de la Ciencia no ha sido capaz de destruirla: en Europa ha revivido, aunque su práctica como profesión está penada por la ley, y en India ha sobrevivido siempre. En realidad, no es habitual que los Indios educados declaren explícitamente que creen en ella -como norma se espantan ante la astrología, pero ésta es ampliamente consultada por muchos de ellos, como también por muchos Europeos. Ésta es una circunstancia anómala que debería ser superada. O la astrología es una verdadera ciencia y debería ser investigada, probada, corregidos sus defectos y en general rehabilitada en la opinión, o es una pseudociencia y debería ser investigada y rechazada de modo que se le retirase, finalmente, todo crédito tanto de la aceptación secreta como de la mentalidad abierta.

De hecho, la astrología nunca ha sido científicamente refutada ni se ha establecido ningún fundamento racional para tratarla como a una pseudociencia. Simplemente se dio por sentado durante un cierto periodo y bajo ciertas influencias intelectuales que era una pueril superstición. O, si esos argumentos existieron, la astrología fue rechazada porque los astrólogos eran charlatanes, porque en muchos casos, quizás la mayoría, las predicciones fueron erróneas, pero sobre todo porque se pensaba que en la naturaleza de las cosas, en cualquier teoría racional del universo, los planetas, sencillamente, no podían tener ninguna influencia sobre nuestros caracteres, vidas y acciones. Ninguno de estos argumentos es suficiente. Si muchos astrólogos son charlatanes, también ha habido muchos curanderos en el campo de la medicina y, en ciertas épocas, éstos no fueron pocos. Es más, el sistema de medicina en sí mismo parecía tan defectuoso que hubo muchísimas mentes claras e ilustradas que se inclinaron con Molière a denunciarla en su conjunto como a una vulgar pseudociencia, un sistema de ignorancia elaborado y solemne, de farsa y charlatanería. Suponiendo que hubiera prevalecido esta opinión -no habría podido ser porque los hombres están demasiado vitalmente interesados en curar sus enfermedades y conservar sus cuerpos y no conocen otra forma de hacerlo-, ésta no habría eliminado la verdad que subyace a la ciencia.

Que muchas predicciones sean erróneas no prueba nada esencialmente contra la astrología, igual que el fallo constante de doctores al curar enfermedades no prueba nada esencialmente contra su ciencia. La primera razón de este fallo puede ser que un gran número de practicantes de astrología son o bien charlatanes que buscan satisfacer a sus clientes más que predecir mediante reglas científicas -de esta clase hay quizá muchos- o bien hombres ineficientes e ignorantes que practican sólo por rutina, que son superficiales y tienen el ojo puesto principalmente en sus ganancias. Pero aunque los astrólogos capacitados se equivoquen a menudo, esto prueba únicamente que o bien la ciencia o su modo de tratarla son ampliamente experimentales, o que algunas de sus reglas y teorías pueden ser erróneas. No obstante, toda ciencia tiene que pasar por su etapa experimental y algunas -como, de nuevo, la ciencia de la medicina- difícilmente puede decirse que hayan salido de ella. Toda ciencia, además, en su progreso se carga de falsas generalizaciones, teorías incorrectas e imperfectas reglas que más tarde deberá descartar o rectificar. Así como el punto principal en medicina consiste en si las hierbas y los metales y otros remedios tienen o no tienen ciertos efectos sobre el cuerpo y si sus operaciones pueden ser constatadas o no por la experiencia en un número suficiente de casos para establecer una relación regular de causa y efecto, lo mismo ocurre en la astrología con la cuestión fundamental de las influencias planetarias sobre la tierra y sus criaturas.

El argumento apriorístico de la teoría racional del universo no puede sostenerse. No hay nada esencialmente irracional en la idea de que en este sistema solar, tan estrechamente vinculado, puedan darse influencias de unos planetas sobre otros o de que los seres de un planeta determinado estén poderosamente influidos o incluso dominados por influjos de los otros. Admitido este “a priori”, o por lo menos no rechazado sumariamente, se plantea la cuestión: primero, si es así de hecho y, segundo, hasta dónde llegan estas influencias y de qué naturaleza son. La astrología afirma que no afectan solamente a nuestros cuerpos, sino también a nuestro ser psíquico¹. Si materia y mente fueran entidades absolutamente independientes que no tuvieran influencia ni efecto determinante una sobre otra, no podría darse un resultado tal como éste, pero éste no es el caso. De acuerdo con la visión materialista del universo, que proclama ser la única visión racional, la mente es en sí misma un efecto de la materia y todos sus estados y movimientos están determinados por la materia. Así, no existiría ninguna imposibilidad, una vez admitida la influencia planetaria, de una acción de los cuerpos materiales capaz de producir condiciones psíquicas sobre la tierra y por lo tanto de determinar nuestros estados psíquicos y movimientos. Desde una perspectiva más verdaderamente racionalista, la mente y la materia están constantemente influyéndose y determinándose una a otra; también aquí, dada una mente y materia universales que actúan sobre la materia y mente individuales, los movimientos del sistema planetario pueden ser uno o incluso el primer factor determinante de sus actividades, y las afirmaciones de la astrología se vuelven, por lo menos, fundamentalmente creíbles.

Más aun, la astrología afirma que estas influencias determinan todo el curso de nuestras vidas y que el elemento fundamental es el tiempo. Esto plantea la cuestión principal de la influencia del Tiempo sobre los seres humanos y los acontecimientos; ¿determina el Tiempo el curso de nuestras vidas y los estados de nuestro ser? y si es así, ¿en qué medida y de qué forma?, o para exponer la cuestión con más precisión, tal como es planteada por la astrología: ¿pueden las condiciones reinantes en un momento crítico

¹'Ser psíquico' debe ser entendido aquí como el psiquismo general de cada hombre y no en base al sentido que este término adquiere en la psicología aurobindiana posterior.

dado, en este caso el momento del nacimiento, determinar nuestras condiciones físicas y psicológicas y todo el curso de nuestras vidas futuras, o determinarlas en un grado considerable? y ¿son los movimientos relativos y, por lo tanto, las posiciones del sol y los planetas con respecto a la Tierra y a sí mismos el nodo o en algún sentido los signos efectivos de estas determinaciones? Y, en segundo lugar, ¿determinarán las condiciones temporales futuras, por sí mismas o contempladas en relación a las condiciones originales, de momento a momento, de tiempo a tiempo, la evolución subsiguiente de nuestras condiciones físicas y psicológicas primarias y el curso de las circunstancias sucesivas y elaboradas que constituyen la historia de nuestras vidas?; y si es así, de nuevo: ¿son los movimientos relativos y las posiciones mutuas de los soles y los planetas en algún momento dado el nodo o los signos efectivos de esta última determinación?, ¿pueden así éstos ser tomados para todo propósito práctico como determinantes o, en cierta proporción, como signos seguros por los cuales las determinaciones de nuestra vida puedan ser descubiertas? Ésta es la cuestión que plantea la astrología y es, evidentemente, una cuestión perfectamente legítima y racional: no podemos sobre bases “a priori” condenar y descartar una respuesta afirmativa, que se basa en la experiencia pasada sistematizada en reglas y teorías, como superstición o locura pueril. Aceptando que en las cosas aquí existe una concatenación de causa y efecto -o al menos, si la causalidad es discutida, de condición antecedente abocando a condición subsecuente- y en la medida en que conozcamos la concatenación, la predicción científica se hace posible en dicha proporción -dos proposiciones que, a menos que neguemos totalmente la determinación, sería difícil discutir- no hay improbabilidad inherente en hallar la clave de los acontecimientos humanos, por una parte, en los planetas y, por la otra, en los movimientos de dichos planetas.

La astronomía es en un sentido la primera ciencia física, porque los primeros hechos que proporcionan a los otros su campo son hechos astronómicos; puede ser muy bien que en el campo psico-físico opere la misma regla y que los primeros hechos sean astrológicos.

Desaparecidas las objeciones “a priori”, el siguiente paso es preguntarnos a nosotros mismos si existe razón empírica suficiente “prima facie” para investigar la verdad real de la astrología. En el momento presente esto depende de la experiencia de individuos aislados, una base muy insatisfactoria. Pero si esta experiencia pudiera ser recogida, examinada y publicada, creo que se vería que existe una razón formidable “prima facie” en favor de la astrología, mucho más sólida que la que llevó a la Sociedad de Investigación Psíquica a tan importantes conclusiones en otro campo de trabajo psico-físico. Puedo aportar mi propia experiencia en la materia, en la creencia, justificada por muchos ejemplos, de que es solamente un caso típico de la experiencia de otros cientos. Mi primer contacto accidental con un astrólogo Indio no fue alentador. Este caballero era el mejor lector de pensamiento que he visto nunca; porque me pidió que pensara mi pregunta sin hablar y no sólo adivinó la pregunta no formulada que yo había pensado, sino otras tres que cruzaron por mi mente, una de ellas apenas un destello que no dejó ninguna impresión tras él; esto simuló hacerlo por cálculos matemáticos, una operación que me permití contemplar como farsa o alarde profesional. Porque cuando llegó el momento de sus respuestas, me di cuenta de que seguía realizando lectura de pensamiento y no astrología; él simplemente respondía a las esperanzas o pensamientos en mi mente y sus predicciones no se acercaron ni siquiera a cien millas de la verdad. He encontrado otros practicantes que pertenecían, unos pocos evidentemente, a la clase de simples charlatanes lisonjeros, pero la mayoría a los ineficientes que leen por rutina y no han realizado ningún estudio profundo de su ciencia. Por otro lado, con astrólogos preparados, los resultados han sido a menudo de una exactitud tan extraordinaria como para eliminar cualquier posibilidad de golpe de suerte, simple coincidencia, previsión inteligente o cualquiera de las explicaciones comunes. Puedo citar como ejemplo al padre de un amigo mío, un riguroso estudioso de la ciencia pero no un profesional, que predijo exactamente el año, mes, día, hora e incluso minuto de su propia muerte. En mi caso la exactitud fue limitada por la imposibilidad de fijar el momento preciso de mi nacimiento; sin embargo, algunos de los resultados fueron extraordinarios. Pueden mencionarse dos del mismo astrólogo relacionados con mi carrera pública. Uno, dado cuando todavía no me había lanzado a la vorágine política y mi entonces obscura personalidad era completamente desconocida para el astrólogo, que predijo como algo cierto e inevitable del futuro una lucha política con poderosos adversarios no Indios durante la cual, por un tiempo, incluso mi vida caería bajo la sombra del peligro. El otro, coincidiendo con mi primer procesamiento por el caso del *Bande Mataram*², predijo tres procesos criminales sucesivos en cada uno de los cuales el juicio se fallaría a mi favor. Puedo citar como ejemplos también dos predicciones por medio de libro en que *slokas* de los escritos astrológicos sánscritos que indicaban el efecto de ciertas conjunciones o posiciones planetarias mostraron ser aplicables a mi horóscopo. Uno predijo enfermedades crónicas específicas en el cuerpo, de las que no existía ninguna señal en aquel momento, pero que mucho más tarde aparecieron de forma inesperada y persistieron. Otro indicó con mucha precisión que mis actividades futuras serían encontrar una nueva filosofía espiritual y su disciplina; en aquel momento no tenía conocimiento de filosofía ni de Yoga y ninguna tendencia o inclinación en mi mente que pudiera conceder la más mínima probabilidad a esta predicción. Éstos son solamente los ejemplos más precisos de una serie. Suponiendo que se recogieran todas las evidencias bien probadas de este tipo, estoy convencido de que habría una razón abrumadoramente consistente “prima facie” e incluso un cuerpo de pruebas empíricas suficientemente consistentes como para establecer al menos un núcleo de verdad en astrología.

²Un periódico nacionalista publicado en Bengala a principios de siglo al cargo del cual estuvo Sri Aurobindo.

Éste sería el primer paso. Porque si la astrología es una ciencia y debe alcanzar su propio lugar, la primera necesidad es disipar mediante una apelación a la mente empírica del público en general así como de los pensadores escépticos la gran masa de prejuicios injustificados que ahora existen contra ella. Publicar el texto y traducción de las mejores autoridades, como está haciendo ahora Mr. Iyer, con introducciones esclarecedoras, es una necesidad preliminar en este caso para que sepamos de lo que estamos hablando. El segundo es reunir evidencia de la verdad empírica de la ciencia, proporcionando en cada caso la predicción en todos sus detalles -cuanto más detallada mejor-, las reglas astrológicas en las que se basa y el acontecimiento, comparando cada detalle del acontecimiento con el correspondiente detalle de la predicción. Sólo entonces habrá un campo clarificado para la consideración de las dudas científicas y filosóficas, cuestiones y problemas que todavía surgirían; pero esto, aunque es el aspecto más importante del tema, debo dejarlo para tratarlo en el futuro.

Una aceptación de la verdad de la astrología no llevaría necesariamente a un completo determinismo del Destino o a la ley mecánica del *Karma*. En la teoría India, al menos, hay lugar para una determinación por la voluntad y el esfuerzo humano, puesto que el Destino es principalmente una determinación por la acción pasada y una voluntad y acción nuevas pueden cancelarlo; sólo un *karma* muy consistente es imperativo e irreductible. Incluso éste podría ser cancelado, si uno entrase en la libertad de la consciencia espiritual. En este sentido, ha llegado a mi conocimiento un ejemplo en el que la vida de un individuo había correspondido exactamente a las predicciones del horóscopo mientras el sujeto permaneció en el mundo pero, tan pronto como lo abandonó por una vida espiritual, dejó de existir correspondencia alguna.